



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA EUCARISTÍA DE APERTURA DEL JUBILEO DIOCESANO POR EL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN BENITO DE PALERMO. SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CABIMAS. 27/IV/2024.

Muy queridos hermanos:

Con la apertura de la Puerta Santa, hemos iniciado este Jubileo Diocesano, para celebrar el quinto centenario del nacimiento de San Benito de Palermo, el Santo Negro, el santo más querido de nuestros municipios y nuestra Diócesis.

Aprovecho la oportunidad, para saludar a todo el presbiterio, a los seminaristas, a las autoridades y a todos ustedes, hermanos, que con fe y devoción se han dado cita en esta Iglesia, que es la madre de todas las iglesias de nuestra Diócesis, y el santuario de nuestro amado santo.

Celebrar la memoria de los santos es celebrar las maravillas que el Señor ha hecho en sus vidas. La Iglesia nos invita a que rindamos culto a los santos, pues ellos vivieron heroicamente las virtudes, pueden interceder por nosotros y son modelos de vida, porque, de especial manera, nos reflejan la santidad de Jesús, el santo por excelencia.

Debemos tratar a los santos por lo que realmente son. Ellos no son héroes de otros planetas, ni ángeles, ni seres superdotados. Son hermanos nuestros que nos pueden ayudar, con su palabra y ejemplo, a recorrer el camino para alcanzar también la santidad y la salvación; son un estímulo para recordar que, nosotros, hemos sido llamados a ser santos: es una exhortación que nos hace Jesús: *“sean santos como mi padre celestial es santo”* (Mt 5, 48), y la Iglesia, nuestra madre: *“Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”* (LG 40).

Hace 500 años, nació San Benito de Palermo, y todavía lo recordamos. ¿Por qué? Sencillamente, porque dejó unas huellas de amor, misericordia y humildad, inscritas en el corazón de tantas personas y hombres, que ha perdurado a lo largo de los siglos, y la iglesia nos invita a que sigamos su ejemplo.

Vienen a mi mente algunas experiencias que viví durante la pandemia del COVID-19, en el año 2020: algunos hombres vinieron a mí, con lágrimas en los ojos, solicitando que se hiciera la procesión de San Benito; pero también me dijeron que yo, como autoridad de la Iglesia tenía la última palabra, y ellos la acatarían; y así fue. Su devoción a San Benito, y su amor a la Iglesia, los estimuló a obedecer en ese momento de tanta incertidumbre.

La devoción a San Benito corre por las venas y se encuentra en el ADN de los habitantes de nuestra región. *“La devoción a San Benito de Palermo se refleja en nuestras iglesias y hogares, en las instituciones públicas y privadas, en las plazas de la ciudad, y en cada rincón en donde se exhiben sus imágenes, desde las más pequeñas hasta algunas monumentales, como una muestra de la identidad católica de este noble pueblo. No hay distinción de edades, niños, incluso en brazos de sus*

madres, jóvenes, adultos y ancianos, se congregan cada año para participar en su procesión, haciendo el recorrido con alegría, a pesar del inclemente sol. ¡Qué multitud vemos cada año a las puertas de nuestra Catedral, gente venida desde muchas latitudes, incluso provenientes de otros municipios y estados, para elevar sus oraciones y pagar sus promesas a quien tanto tienen que agradecerle! Y hoy, más allá de las fronteras de nuestro país, a causa de la emigración, un buen número de coterráneos ha llevado el calor de esta fiesta a muchas ciudades de América y Europa” (Carta Pastoral, 3).

La alegría de este gran acontecimiento la celebraremos, durante todo un año, a través de símbolos y prácticas religiosas tradicionales de la Iglesia:

La Peregrinación, que se hace antes de pasar la puerta santa, manifiesta la condición pasajera del hombre, el cual es peregrino de este mundo quien se encamina hacia el cielo, la patria definitiva.

La Puerta Santa es el simbolismo de Cristo, puerta única para llegar al Padre, quien entra a través de él, no entra como huésped o forastero, sino como hijo amado y reconciliado. Jesús, cuyo nombre significa salvador de los hombres, nos redime y salva, restaura nuestra naturaleza caída, nos fortalece y nos lleva al Padre. Entrar por la puerta santa significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre, que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno.

Caridad jubilar, entendida como compromiso por la justicia: la caridad entendida como amor a Dios y a los hermanos, es propio del cristiano toda su vida, pero en el jubileo debe llevar un verdadero compromiso en la dimensión social, de manera que se note, que deje huella.

Actualmente, como mencioné en la carta pastoral, hay mucha gente, con muchas necesidades que acude a nosotros, pues la pobreza, la miseria, en todas sus modalidades, han crecido mucho. Podemos distinguir tres clases de miserias: material, moral y espiritual. La miseria material es la que habitualmente llamamos pobreza y toca a cuantos viven en una condición que no es para nada digna de la persona humana: privados de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad como la comida, el agua, las condiciones higiénicas, el trabajo, la posibilidad de desarrollo y de crecimiento cultural. La miseria moral, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado: la droga, el licor, la pornografía. La miseria espiritual, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor como, lamentablemente, sucede cuando las personas se arrodillan ante los ídolos del placer, el poder y el tener, y sacan a Dios de sus vidas, pues están ya llenos de cosas vanas que los distraen y los desvían del camino correcto.

Ante estos tipos de miserias nosotros, a imitación de San Benito, no podemos quedarnos con los brazos cruzados, debemos hacernos auténticos sanbeniteros, teniendo una actitud más activa para: denunciar las injusticias, curar las heridas, promover socialmente a los pobres, formar en las virtudes y anunciar el Evangelio.

Las indulgencias, que es un tesoro espiritual administrado por la Iglesia, a

través del cual, si cumplimos una serie de condiciones (confesión sacramental, recepción de la comunión y oración por el Papa), se nos perdona la pena debida por los pecados que hemos cometido.

Y recordemos que, además de estimular en nosotros el amor a Dios y al prójimo, poco a poco y a través de la catequesis y el acompañamiento, este jubileo se propone mejorar el culto que rendimos a San Benito e incorporar sus devotos a la vida parroquial.

Nuevamente, hago el llamado a los devotos de nuestro amado Santo Negro: “Este jubileo, promovido de manera especial por y para ustedes y todos los devotos del Santo de Palermo, es una oportunidad para que cada agrupación de Vasallos fortalezca la unión con sus Párrocos, comunidades parroquiales y, por ende, conmigo, su Obispo. Una iniciativa para fortalecer en ustedes esta motivación a la comunión, será la presentación de unos estatutos diocesanos que darán nacimiento a la “Cofradía de San Benito”; una hermandad que los devotos conformarán en cada Parroquia donde tengan presencia, aprobada por la autoridad competente y acompañada por un sacerdote. Confío a la intercesión del Santo Negro el fortalecimiento de la fe de quienes le veneramos y promoveremos esta propuesta” (Carta Pastoral, 22).

La Palabra de Dios, que ha sido proclamada hoy, podemos decir que nos hace un retrato de San Benito:

El libro del Eclesiástico nos invita a ser humildes: “*Cuanto más grande seas, más debes humillarte, y ante el Señor hallarás gracia. Pues grande es el poderío del Señor, y por los humildes es glorificado*”. San Benito, a pesar de que no hizo grandes estudios, sacerdotes, teólogos y el virrey de Sicilia iban a consultarlo sobre diversos temas espirituales. Tenía la capacidad de aconsejar con sabiduría y prudencia. Todo ello, venía de Dios.

San Pablo nos invita a remitir a Dios todos los bienes que tenemos y a gloriarnos solo en él y no en nosotros mismos; nos invita a desterrar de nosotros la soberbia y el orgullo, pues si no hemos caído ha sido porque el Señor nos sostiene y protege. La gloria y el honor pertenece a Dios; el pecado es nuestro. No caigamos en ridículo. Contaba el Papa Juan Pablo I: “*Cuando me hacen un cumplido, tengo necesidad de compararme con el burro que llevaba a Cristo el día de ramos. Y me digo: ¡Cómo se habrían reído del burro si, al escuchar los aplausos de la muchedumbre, se hubiese ensoberbecido y hubiese comenzado -asno como era- a dar las gracias a diestra y siniestra...! ¡No vayás tú a hacer un ridículo semejante!*”.

El Evangelio nos invita al desprendimiento, a ser solidarios con los pobres, para que podamos llegar al cielo, donde está nuestra verdadera riqueza. San Benito se despojó de sí mismo, se hizo pobre (cada vez más pobre) para con su pobreza, ayudar a los demás. ¡Ya en vida tenía fama de santidad! Se cuenta que cuando salía del convento la gente lo rodeaba para besarle la mano, tocarle el hábito, encomendarse a sus oraciones. Alimentaba a los hambrientos, vestía a los que llevaban míseros harapos, curaba las heridas a los enfermos. Fue un dócil

instrumento de la bondad divina y hacía inmenso bien en favor de todos. Humildad, desprendimiento y solidaridad caracterizaron la vida de nuestro santo. Ojalá que podamos imitarlo.

Hace ya bastante tiempo leí una bella anécdota que nos puede ayudar a comprender el valor de la humildad, y la comparto con ustedes:

“Caminaba con mi padre cuando él se detuvo en una curva y después de un pequeño silencio me preguntó: además del cantar de los pájaros, ¿escuchas alguna cosa más? Agudicé mis oídos y algunos segundos después le respondí: Estoy escuchando el ruido de una carreta. Eso es -dijo mi padre-. Es una carreta vacía.

Pregunté a mi padre: ¿Cómo sabes que es una carreta vacía, si aún no la vemos? Entonces mi padre respondió: Es muy fácil saber cuándo una carreta está vacía, por el ruido. Cuanto más vacía la carreta, mayor es el ruido que hace.

Me convertí en adulto, y ahora, cuando veo a una persona hablando demasiado, interrumpiendo la conversación de todos, siendo inoportuna o violenta, presumiendo de lo que tiene, sintiéndose prepotente y haciendo de menos a la gente, tengo la impresión de oír la voz de mi padre diciendo: «Cuanto más vacía la carreta, mayor es el ruido que hace».

La humildad consiste en callar nuestras virtudes y permitirle a los demás descubrirlas. Nadie está más vacío que aquel que está lleno de sí mismo. La humildad es seguir el consejo de un gran santo: “ocultarse y desaparecer, que Jesús sólo se luzca” (San Josemaría).

Será el mismo Dios, que conoce lo más íntimo de nuestro corazón, quien nos juzgará. A San Benito, el pueblo y Dios mismo le reconocieron sus virtudes heroicas y, por eso, lo honramos. Honor a quien honor se merece. En él se cumple, lo que dijo Jesús: “quien se humilla, será enaltecido” (Lc 14, 11).

Le pedimos a Nuestra Señora del Rosario, cuya reliquia reposa en el presbiterio de esta Santa Iglesia Catedral, que nos ayude a vivir este jubileo: tiempo de gracia y memoria, de conversión y purificación, de alegría y gozo, con el único fin de alabar a su único Hijo y servir a los hermanos. Así sea.

+ 
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2024/098